

“Relación personal con Jesucristo: una perspectiva bíblica y católica”
Homilía para el sexto domingo de Pascua, año “A”
17 de mayo de 2020

Introducción

Entre un cierto tipo de creyentes cristianos, del tipo que son muy evangélicos y carismáticos, y están ardiendo por Jesús, no es raro escucharlos formular la pregunta a alguien que conocen por primera vez: “¿Has aceptado a Jesucristo como tu Señor y Salvador personal?”

Es un poco curioso, porque esta frase, “Señor y Salvador personal”, se originó en algunas iglesias protestantes de tipo más evangélico, las que solo buscan autoridad en la Biblia y leen la Biblia literalmente. Sin embargo, esta frase exacta no se encuentra, literalmente, en la Biblia. La Biblia ciertamente está llena de noticias acerca de que Jesús es Señor y Salvador, pero la idea de un Señor y Salvador “personal” es algo más reciente, gracias a las ideas que hemos obtenido de la psicología moderna.

No obstante, este concepto de un Señor y Salvador personal es ciertamente consistente con nuestra propia tradición católica. Nuestros místicos durante muchos siglos han escrito sobre la relación íntima del alma con su Señor; la literatura mística está llena de este sentido de relación profunda y personal. Como católicos, podemos ver esta idea como un desarrollo de lo que está implícitamente en la Biblia y que ha crecido a lo largo de nuestra tradición.

Lo personal y lo comunitario

Se podría decir que el punto de ponerlo de esta manera, “Jesucristo como Señor y Salvador personal”, es una forma de preguntar si uno está tomando en serio la fe cristiana en todos sus aspectos, si uno está viviendo la fe con la pureza e integridad. Esto se aplicaría especialmente a la vida de oración, que es nuestra comunicación con Dios – escuchar, además que hablar y pedir. La comunicación, y especialmente la escucha, es cómo llegamos a conocer a otro. ¡Ciertamente no podemos decir que conocemos a Jesús si no oramos! Sin embargo, ¿cómo podemos estar seguros de que esta relación es auténtica, de que es con el verdadero Jesús, y no solo estamos convirtiendo a Jesús en una especie de amigo imaginario a quien podemos adaptar a nuestro gusto?

Nuestro Señor nos da la respuesta en la lectura del Evangelio para la Misa de hoy: “Si me amas, guardarás mis mandamientos”, y, “Quien tiene mis mandamientos y los observa es el que me ama.”

La obediencia a los mandamientos de nuestro Señor es la medida de amor que nos impone. ¿Y cómo podemos estar seguros de que entendemos sus mandamientos correctamente? Se trata de estar en comunión con la Iglesia. La dimensión personal de nuestra relación con el Señor no se puede dirigir correctamente sin la dimensión comunitaria de la relación con la Iglesia, al igual que una relación comunitaria con la Iglesia sin la relación personal con Cristo – entendido como un simple cumplimiento de los deberes externos de nuestra religión sin la devoción interior – rinde nuestra vida de fe muy superficial. Ambas son necesarias para que nuestra relación con Dios evite disolverse en un mero sentimentalismo y, en cambio, se manifieste de manera concreta y sobria en una vida de obediencia a los mandamientos de Cristo.

El pasaje que escuchamos proclamado de los Hechos de los Apóstoles en nuestra primera lectura muestra que la Iglesia ha entendido esto desde el principio. Esta historia nos cuenta la primera vez que la fe fue aceptada fuera de Jerusalén. Por lo tanto, los apóstoles fueron enviados desde Jerusalén para orar sobre los recién convertidos. El Felipe aquí que evangeliza la ciudad

de Samaria no es Felipe el apóstol, sino el Felipe que fue uno de los “siete hombres de buena reputación” de los que escuchamos la semana pasada que fueron ordenados para ayudar a los apóstoles con las necesidades temporales de la comunidad – no obstante que claramente, desde el principio, también fueron evangelistas. Pero la Iglesia siempre ha entendido que el Espíritu Santo opera solo donde hay comunión con los apóstoles. Y los apóstoles nombrarían sucesores, obispos, para mantener esta comunión de la Iglesia a lo largo de todas las generaciones hasta el regreso del Señor, volviendo a los apóstoles mismos, que recibieron su comisión directamente de Cristo.

Patrón de comunión en cascada

Lo que vemos aquí es una especie de patrón de comunión en cascada, uno que conduce al otro. Escuchen lo que nuestro Señor les dice a sus discípulos que sucedería cuando reciban el Espíritu Santo: “En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.” “Yo estoy en mi Padre”: esto es lo que profesamos todos los domingos en el Credo de Nicea, “engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre.” Él es Dios, desde toda la eternidad, la segunda persona de la Santísima Trinidad, procediendo de la perfecta comunión de Padre, Hijo y Espíritu Santo. “Ustedes [están] en mí”: esto, también, profesamos en el Credo de Nicea, “por obra del Espíritu Santo se encarnó en María, la Virgen, y se hizo hombre.” Este es el misterio de la Encarnación: estamos en él en el sentido de que tomó nuestra carne humana para poder venir al mundo. No era un fantasma, sino un verdadero ser humano con carne humana. “Yo [estoy] en ustedes”: esto se refiere a su presencia a nosotros, y en nosotros, en el Santísimo Sacramento. Al recibir la Santísima Eucaristía, él literalmente entra en nuestro cuerpo físico.

El gran padre de la Iglesia, San Hilario, lo expresó muy sucintamente: “Él está en el Padre por naturaleza divina; estamos en Él por su nacimiento corpóreo; y Él nuevamente está en nosotros por el misterio del [Santísimo] Sacramento.” Entonces, vemos nuevamente cómo nuestra comunión con Dios está mediada por la Iglesia, entendida como el Cristo entero: Cristo, la cabeza del Cuerpo, y nosotros, los miembros del Cuerpo, unidos a la cabeza y bajo la cabeza.

Me doy cuenta, por supuesto, de la tristeza que siente nuestra gente en este momento al no poder acceder al sacramento de nuestra comunión con Cristo y la Iglesia. A pesar de las dificultades, hemos hecho un gran progreso aquí en el Área de la Bahía para detener la propagación del coronavirus por nuestra cooperación con las directivas de nuestros líderes gubernamentales. Los líderes de la Iglesia hemos cooperado con este esfuerzo al tomar la dolorosa decisión de suspender las Misas públicas; sin embargo, si observamos estrictamente estas directivas, es posible que pronto podremos tener Misas públicas nuevamente de modo seguro con un número limitado de personas.

“No siento que me dé algo”

La tristeza e incluso el sufrimiento que algunos de ustedes sienten ante esta privación es en realidad un signo positivo: ¡significaría algo mucho peor si fueran indiferentes! Hay, después de todo, muchas personas que así lo son; ¿con qué frecuencia escuchamos la queja sobre ir a Misa, “No siento que me dé algo”? Por supuesto, ¡no puedes obtener nada de algo a menos que primero le pongas algo!

Piénsenlo: un astrónomo verá mucho más en un cielo nocturno estrellado que uno sin instrucción en astronomía; un botánico verá mucho más en un campo de flores que alguien que no conoce la botánica; alguien que conoce el arte verá mucho más en una pintura de uno de los maestros que alguien que ignora bastante el arte; alguien que entiende de música obtendrá mucho

más de una sinfonía que alguien que no entiende nada al respecto. Siempre lo que vemos y experimentamos depende de lo que aportamos a la experiencia. Es decir, se requiere preparación. ¿Cómo se puede esperar de manera realista que a uno "le dé algo" la Misa sin poner nada en ella?

Si en este momento están sintiendo la pérdida por tener que seguir esta Misa en casa a través de la tecnología, alabanza a Dios por ustedes: ¡ponen mucho en ello! Su relación personal con Jesucristo es auténtica, debido a su relación con la Iglesia, debido a que mantienen la comunión con la Iglesia. Ustedes hacen esto de muchas maneras: sobretodo, manteniendo una vida activa de oración y participación en la vida sacramental de la Iglesia; por compartir fe y vida con sus compañeros feligreses; por su servicio a los necesitados en su comunidad; por continuar a aprender más sobre la fe leyendo, estudiando y especialmente a través de los estudios bíblicos; por enseñar la fe y dar testimonio de ella, para asegurar que la fe sea transmitida a las generaciones futuras y a aquellos que buscan a Dios. Hacen todo esto en el contexto de la vida parroquial. Todo esto, prácticamente hablando, es lo que significa mantener la comunión con la Iglesia.

Sufriendo por Jesús

Hay una señal más importante de autenticidad en la relación de uno con Jesucristo, y esto se nos indica en la segunda lectura de la Misa de hoy, de la Primera Carta de San Pedro: "mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal." Es ese sufrimiento que tenemos específicamente debido a nuestra relación con Cristo lo que muestra la integridad de nuestra fe.

El sufrimiento que sienten al no estar presente en la Misa es un ejemplo de eso. Un ejemplo aún más poderoso es el sufrimiento que uno padece por ser conocido públicamente por todo lo que creemos y valoramos. En muchos sentidos, la cultura en la que vivimos es muy hostil a estos valores centrales, y aquellos que son conocidos públicamente por vivir por ellos y defenderlos a menudo están sujetos a todo tipo de persecución, a menudo sutil pero a veces más severa: ser burlado, condenado al ostracismo, marginado en la carrera, incluso perdiendo el trabajo. La señal de alguien que realmente ha aceptado a Jesucristo como Señor y Salvador personal es alguien que puede soportar todo esto, como dice San Pedro, "con sencillez y respeto."

La tentación es quedarse callado, mantener la fe en la vida privada, que es exactamente lo que algunas fuerzas poderosas de nuestra sociedad quieren que hagamos. Pero "personal" no significa "privado." Es cierto que ser descarado al proclamar la fe sería contraproducente; pero sin demostrar públicamente la fe "con sencillez y respeto", uno todavía queda lejos de aceptar realmente a Jesucristo como su Señor y Salvador personal.

Conclusión

Él es el Señor y Salvador personal de cada uno de nosotros, así como es el Señor y Salvador del universo entero, y la cabeza de su Cuerpo, la Iglesia. Demos gracias a él por darnos la Iglesia, para que podamos conocerlo, amarlo y estar en él y él en nosotros, y para que podamos compartir la comunión con la Santísima Trinidad para siempre en el cielo. Amén.